

Juan Martín.—Monsergas liberales, no: verdades como puños que también usted debería confesar a boca llena. *(Breve pausa.)* ¡El bien de las almas! Y el bien de los cuerpos, ¿no? *(Otra breve pausa.)* ¿Para qué hicimos la guerra contra la franceses, don Jerónimo? ¿Para qué nos pasamos seis años por estos riscos, matando y muriendo?

Cura Merino.—Para poner en el trono de Madrid a nuestro rey y para restaurar el prestigio de la religión, comprometido por enciclopedistas y afrancesados.

Juan Martín.—Y para sacar al pueblo español de su ignorancia y su miseria. Para que en este país se acabase el espectáculo de la sopa boba. Para que en España hubiese más libertad y menos pobres.

Cura Merino.—Juan Martín, no podemos entendernos. Entre tú y yo sólo cabe la guerra.

Juan Martín.—¿Quiere usted decir, don Jerónimo, que en España es imposible la paz?

Cura Merino.—Mientras haya hombres como tú, sí.

(Un breve silencio.)

Juan Martín.—Si usted fuese el único responsable de este modo de pensar, ahora mismo le mataría.

Cura Merino *(levantándose)*.—Tú dices que me matarías. Yo digo que te mataré. Oye-lo, Juan Martín: en cuanto pueda, te mataré. Si yo no puedo hacerlo, los míos lo harán.

(Quedan los dos frente a frente, mirándose con hostilidad y dureza.)

Juan Martín *(con la serenidad del que se ha vencido a sí mismo)*.—Váyase, don Jerónimo.

Cura Merino.—Me voy, Juan Martín. Pero óyelo: cuando pueda, te mataré.

(Con rigidez hierática, sale el Cura Merino.)

Escena VII

Juan Martín. A poco, Olalla

(Queda solo Juan Martín. Profundamente desalentado, se sienta de nuevo en uno de los asientos del cobertizo, apoya la cabeza en su mano y queda así, inmóvil y pensativo. Al cabo de unos segundos entra sigilosamente Olalla, se aproxima a él y le contempla en silencio. En la apariencia de Olalla serán bien perceptibles los doce años transcurridos desde el cuadro anterior.)

Juan Martín *(levantándose con celeridad y hondamente sorprendido por la insospechable presencia de Olalla)*.—¡Olalla! ¿Tú aquí? ¿Cómo es posible?

Olalla.—Sabía dónde estabas, y te he buscado. El Crudo me dio el alto en la ladera; pero le he convencido de que me dejase llegar sola. No ha olvidado que yo soy amiga tuya.

Juan Martín.—¿He tenido yo amigo mejor?

(Un breve silencio.)

Olalla.—¿Recibiste mi carta?

Juan Martín.—No he podido olvidarla: «Ya sabes que soy la paz imposible». La paz imposible... Mi destino. *(Breve pausa.)* ¿Por qué te fuiste?

Olalla.—Porque en la vida que para ti iba a comenzar, antes te hubiese servido de estorbo que de comodidad.

Juan Martín.—Tal vez tengas razón. ¿Y por qué has venido ahora?

Olalla.—Porque no he dejado de quererte. Día tras día te he seguido en tus destinos y tus campañas. Y porque otra vez han entrado los franceses. Vienen para ti horas difíciles, y he pensado que debíamos estar contigo todos los que te somos leales.

Juan Martín.—Gracias, Olalla. Tú siempre aciertas. *(Breve pausa.)* Es verdad, vienen horas difíciles para mí. Juntas las tropas francesas con el Rey y los absolutistas, pronto acabarán con nosotros. Pero, como sea, algo tenemos que hacer los patriotas por la honra de España.

Olalla.—Contigo estaré siempre, Juan Martín.

(Se miran en silencio. Una chispa del antiguo fuego vuelve a surgir en el alma de Juan Martín.)

Juan Martín.—Olalla: ¿sabes que todavía estás guapa?

Olalla.—Todavía... Buena o mala palabra, según se mire. *(Breve pausa.)* No, Juan Martín; en el cuerpo de antaño ya no hay pájaros hogaño.

Juan Martín *(mirándola con deseo).*—Todavía, Olalla, todavía...

Olalla.—Otra vez te lo digo: no, Juan Martín. Hoy no he venido a traerte juventud, que éste es el pájaro que se fue de mi persona.

Juan Martín.—¿Qué me traes, entonces?

Olalla.—Otra cosa mejor; algo que cuando es de ley nunca envejece. Te traigo fidelidad.

(De nuevo se miran en silencio. Al cabo de unos segundos, Juan Martín hace un gesto de aceptación.)

Juan Martín.—Fidelidad: lo que ahora más necesito. Gracias, Olalla. *(Mira en torno a sí, y vuelve a su más concreta realidad.)* Has venido tú, y otra vez tiene espuma y flor el puñado de los que siguen al Empecinado. Tenía que ser aquí, entre estos pinos y sobre estas piedras de Castilla. Voy a llamar a todos, para que sepan que has venido. *(Da voces en distintas direcciones.)* ¡Sardina! ¡Crudo! ¡Baeza! ¡Nazario! ¡Abanto! ¡Venid todos!

(Sucesivamente van entrando los que Juan Martín ha llamado y el resto de los milicianos y soldados.)

Escena VIII

**Juan Martín, Olalla, Sardina, El Crudo, Julio, Nazario, El Abanto,
Guerrilleros y Soldados**

(Todos se reúnen en torno a Juan Martín y Olalla.)

Juan Martín.—Os he llamado para deciros que otra vez están con nosotros la Olalla y don Vicente Sardina. Los tiempos van a ser duros y los dos han querido demostrarnos que saben ser leales.

Crudo *(por todos).*—Bien venidos a la partida la Olalla y don Vicente Sardina.

Abanto.—Por ti hemos *hablao* todos, Crudo.

Juan Martín.—Algo más tengo que deciros. He querido entenderme con don Jerónimo Merino para impedir el avance de los franceses hacia Madrid. He fracasado: el cura ha preferido estar con el duque de Angulema a estar conmigo. ¿Puedo seguir contando con vosotros?

Todos.—¡Sí, Juan Martín!

Crudo.—¡Hasta la muerte contigo!

(Un hondo silencio, que interrumpe Olalla.)

Olalla.—Sin gritos. Con ese sosiego de lo que le sale a uno del alma, decid todos conmigo: «Queremos la España del Empecinado».

Todos *(con voz grave, contenidamente; sus palabras son como un sordo eco colectivo de las que Juan Martín pronunció exaltadamente al final del cuadro anterior).*—Queremos la España del Empecinado. Queremos la España del Empecinado... *(Y mientras dicen estas palabras, cae lentamente el telón.)*

Estampa V

Todo era posible

Preludio

Sobre el mismo decorado que en la estampa anterior, el Ciego salmodia su romance.

Ya las tropas de Angulema
hasta Cádiz han llegado,
ya los cien mil de San Luis
complacieron a Fernando;
el Rey está satisfecho,
los españoles, no tanto.
La Constitución murió,
muchos la estaban odiando;
ya la santa libertad
muerta está, o agonizando.

Don Tadeo Calomarde
contra el negro se ha ensañado;
ser liberal en España
es jugarse los redaños. *(Pausa.)*
Otra vez está en Castilla
el español más honrado
ahora no manda a sus fieles,
ahora vive encarcelado.
En Aranda, la del Duero,
quiso vivir desterrado,
sólo en la tierra de España
podía tener descanso.
Hacia Aranda caminaba
vencido y desengañado,
pero el alcalde de Roa
prisionero le ha tomado;
la saña de los serviles
a tal extremo ha llegado.

Vais a ver a Juan Martín
 escarnecido y vejado;
 quien de los suyos fue gala,
 es de los suyos esclavo;
 quien ofreció libertad,
 como ruin bestia es tratado.
 De feria en feria le llevan,
 ay, qué dolor más aciago,
 ay, qué vergüenza tan negra
 para el pueblo castellano.
 Nunca fue la ingratitud
 más espantoso pecado.
 Españoles que me oís,
 si tenéis corazón sano,
 considerad el destino
 del valiente Empecinado.

(Sale el Ciego y se oscurece la escena. Cuando vuelve la luz, la decoración representará la feria de un pueblo castellano en 1825. Es de día. En el centro del escenario, una jaula de toscos barrotes de hierro. Dentro de ella Juan Martín, desastradamente vestido, soporta la afrenta de ser exhibido de feria en feria. Salvo el pregonero, sólo Juan Martín estará en escena hasta que caiga el telón. Las voces que en su momento profieran diversas gentes del pueblo se oirán sin que esas gentes sean vistas; así serán más patentes la inmensa soledad del Empecinado y la distancia moral entre el héroe y quienes antes le aclamaron y ahora le vejan.)

Al volver la luz a la escena, se verá a Juan Martín asido a los barrotes de la jaula que le aprisiona. Se hallará inmóvil y silencioso. Cuando hayan transcurrido unos instantes, saldrá el Pregonero, y quedará mirando hacia el público; por tanto, dando la espalda a Juan Martín. El Pregonero traerá un tambor.)

Escena Unica

El Pregonero y Juan Martín

Pregonero *(tras un redoble de tambor).*—De orden de Su Majestad Católica,... el Rey Nuestro Señor don Fernando VII,... y en su nombre,... del señor Alcalde de este pueblo,... se hace saber al vecindario,... que con motivo de las fiestas y ferias... en honor de nuestro santo patrono Santiago,... el traidor Juan Martín Díaz,... por mal nombre el Empecinado,... será presentado a la vergüenza pública,... metido en una jaula,... a fin de que los honrados vecinos... puedan ver... cómo son castigados... los que combaten... en favor de la maldita Constitución... y desacatan... los sagrados principios de nuestra Monarquía. *(Nuevo redoble.)*

Juan Martín.—Buena voz, pregonero. ¿Sabes que me suena? ¿No estuviste tú conmigo tocando el tambor entre Sigüenza y Calatayud? *(Gesto de sobresalto en el Pregonero.)* Tu gesto me da la respuesta: conmigo estuviste. *(Breve pausa.)* ¿Y por qué te hicieron pregonero? ¿Para premiar tús méritos en aquella campaña? *(Silencio del Pregonero.)* De esta hecha, asciendes y te dan un bombo; hace falta mucho más valor para ésta